



SÉPTIMO DÍA DE PREPARACIÓN A LA RENOVACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN PERSONAL Y DE ESPAÑA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Día 5 de junio: El Amor de Dios simbolizado y expresado en su Corazón.

Hemos visto ya cómo el amor es la cualidad principal de Dios, y cómo está en el origen de nuestra creación y existencia. Pero los hombres tenemos grandes dificultades para poder conocer a Dios. Existe una gran distancia entre Dios y el hombre. Nuestro corazón pequeño y pecador nos impide conocerlo como es en verdad. Para salvar esta distancia Dios, se hizo hombre. En su corazón verdaderamente humano se nos ha acercado el amor de Dios, se ha hecho accesible. Así nos lo enseña el Papa Pío XII, en su Encíclica *Haurietis Aquas*, en la que explica el valor y la importancia del culto al Sagrado Corazón de Jesús.



Veamos lo que dice en el número 12 de esta importante encíclica: "...No hay duda alguna de que Jesús poseía un verdadero Cuerpo humano, dotado de todos los sentimientos que le son propios, entre los que predomina el amor; también es igualmente verdad que Él estuvo provisto de un corazón físico, en todo semejante al nuestro, puesto que, sin esta parte tan noble del cuerpo, no puede haber vida humana, y menos en sus afectos. Por consiguiente, no hay duda de que el Corazón de Cristo, unido hipostáticamente a la Persona divina del Verbo, palpitó de amor y de todo otro afecto sensible; mas estos sentimientos estaban tan conformes y tan en armonía con su voluntad de hombre esencialmente plena de caridad divina, y con el mismo amor divino que el Hijo tiene en común con el Padre y el Espíritu Santo, que entre estos tres amores jamás hubo falta de acuerdo y armonía.

Sin embargo, el hecho de que el Verbo de Dios tomara una verdadera y perfecta naturaleza humana y se plasmara y aun, en cierto modo, se modelara un corazón de carne que, no menos que el nuestro, fuese capaz de sufrir y de ser herido, esto,



decimos Nos, si no se piensa y se considera no sólo bajo la luz que emana de la unión hipostática y sustancial, sino también bajo la que procede de la Redención del hombre [...], podría parecer a algunos «escándalo y necedad», como de hecho pareció a los judíos y gentiles «Cristo crucificado» (cf. Cf. 1 Cor 1,23). Ahora bien: los Símbolos de la fe, en perfecta concordia con la Sagrada Escritura, nos aseguran que el Hijo Unigénito de Dios tomó una naturaleza humana capaz de padecer y morir, principalmente por razón del Sacrificio de la cruz, donde Él deseaba ofrecer un sacrificio cruento a fin de llevar a cabo la obra de la salvación de los hombres” (HA 12). Fin de la cita.

Como acabamos de ver en la doctrina del Papa Pío XII, hay dos motivos por los cuales el Verbo de Dios encarnado tomó una naturaleza humana. El primer motivo: porque su encarnación es verdadera y no solo aparente. Segundo motivo: porque vino al mundo para entregar la vida por la redención del mundo. Esto solo iba a ser posible teniendo un corazón humano capaz de padecer y sufrir.



Así, meditando los misterios de su encarnación y redención podemos conocer el amor infinito de Dios, que se expresa y revela en su corazón humano.

Señor Jesús, creemos firmemente que te hiciste hombre por nosotros; hombre verdadero, de nuestro mismo linaje humano, engendrado en el seno de una mujer, tomando verdadera carne humana, con alma de hombre, con voluntad de hombre, con afectividad de hombre, con sentimientos de hombre... con corazón humano como el nuestro.

Y creemos firmemente que sufriste por nosotros también como hombre, y que ofreciste ese sufrimiento por nuestra redención, como prueba suprema de tu amor infinito por todos nosotros.

Gracias Señor Jesús, porque en tu Corazón Sagrado nos has plasmado estas dos verdades de nuestra fe: tu amor encarnado y tu amor redentor.

Alma de Cristo, santifícame.

Cuerpo de Cristo, sálvame.

Sangre de Cristo, embriágame.

Agua del costado de Cristo, lávame.



Pasión de Cristo, confórtame.

¡Oh, buen Jesús!, óyeme.

Dentro de tus llagas, escóndeme.

No permitas que me aparte de Ti.

Del maligno enemigo, defiéndeme.

En la hora de mi muerte, llámame.

Y mándame ir a Ti.

Para que con tus santos te alabe.

Por los siglos de los siglos.

Amén.